

Poemas

Javier Audirac / Escuela Nacional Preparatoria (Plantel José Vasconcelos)

1

El pájaro de bronce sacude sus detenidas alas
en la simiente del labrador
buscando el espejo de su existencia,
palabra de viento, un solo contorno.
Un hueco de bosque sus ojos llameantes
de demencia perpetua;
y el ave buscando su imagen apresada
en la reflexión, en la imagen misma.
Su pico, el extracto de color,
el suspiro de la noche fastidiada.
Plumas dóciles al tacto de la mirada
escondida.
Piedra de llanto, sus patas arrugadas
haciendo un nudo de estancia.
Ave de multiplicada circunstancia,
Agónica de dolor,
estanciada en el reposo,
sustancia vítrea.
Hic, hic, hic
murió el ave ahí.

2

El abismo es un perro negro
y su alma una nube de algodón;
sus ojos son las luces apagadas.
En su cara enorme y negra se ve
un ancho círculo
angostándose hacia lo último.
Su lengua lacia y grande es una
serpiente con ojos de mujer.
Y en sus patas está escrito el infierno;
si voltea es una luciérnaga eterna.
si se duerme, es "todo".

3

Llueve en un mar de silencio
bajo la noche.
Todo está quieto bajo
la sombra de la oscuridad.
La muerte se ha consumido
como la brasa de un cigarro.

La calumnia hierve
en un trasto viejo
llamado exilio.

4

El tiempo me seguía como
un perro rabioso sin saber
dónde escuchar su ladrido;
yo seguía caminando sin voltear
y él más cerca, ladraba inmensidades
como el vómito de un borracho;
era el relato del miedo
la única esquina de la calle.
Mi mente era una red de yeso.

Y no podía verlo
cuando aumentaba su presencia.

5

Y no encontrarás paz y la paz te perderá
por los caminos hambrientos de la desesperación,
y volverás al círculo extendido de la historia
concebida por el graznido de los cuervos
y tu cuerpo será otra vez el último testigo
de la eterna armonía en la que se derrama el infinito
y tú retornarás al abismo de las penas recorriendo
los infiernos de las circunstancias
y alguien te verá y te dirá: detente,
no hay más adelante que el de tu ahora,
tú correrás gritando la historia anudada a tu cuello,
y será el fin dispuesto en ti.
Han empezado a marcharse las horas y el clima
se envejece en su tos crónica;
existe una raya tachada en un papel,
memoria de la vida.
Las nubes se ennoblecen como gotas embarazadas.
Están tiradas ahí sobre su único perfil,
enmudecidas, tías, quietas . . . ,
extendiendo sus cuerpos planos y arrugados,
desvelándose y mordiendo frío,
con las manos extendidas, casi suplicando su elemento.
En sus manos se ve la savia calcinada por el olvido.
Están quietas viendo el paso del tiempo,
con los ojos de su muerte.
Diminutas extensiones de materia que han caído
antes de que pasara el viento,
estornudándolas lejos de sus lugares,

20

haciéndolas extranjeras en el invierno.
Sólo una superficie, un llamamiento al recinto.
Ahí mudas, convertidas, las hojas envejecen día a día.
sin medir distancia, murmurando.
Sólo ellas: verdes en su derrame,
caídas en la tornación, ven con ojos unicelulares
al frío, pasando por los árboles rapados.
Ahí derretidas, informes primitivas,
quietas, sonámbulas, viejas, ahijadas
en la nocturnidad que se adviene:
el tiempo muerde señalando los caminos cansados.
Una sonata de humo arrulla a la tarde que abre su ventana
a la noche, mientras un hilo de agua se derrama por una pared.

